

## La Vigilia de Pentecostés C2022

Quiero comenzar esta homilía de la Vigilia de Pentecostés con una observación que puede ayudarnos a entender el sentido y el papel del Espíritu Santo en nuestra vida y la de la Iglesia. De hecho, una profunda dualidad existe en cada uno de nosotros, un conflicto permanente entre el bien y el mal. Todos tenemos dos lados opuestos: uno positivo y otro negativo. El lado positivo es lo que nos convierte en personas agradables y llenas de todas las buenas cualidades que podamos nombrar. Nuestro lado bueno es lo que nos hace, en nuestro mejor momento, personas maravillosas. El lado negativo es lo que nos convierte, en el peor de los casos, en personas inconsistentes, desagradables y horribles.

Estos nuestros dos lados están en guerra constante dentro de nosotros. Pueden influir en todo lo que hacemos de una forma u otra, especialmente en nuestra relación con Dios y con los demás. La primera lectura de esta Vigilia de Pentecostés muestra cómo los seres humanos que hablaban una misma lengua, llevados por el orgullo y la ambición humana, quisieron igualar a Dios en majestad y empresa. De esa ambición humana salió el drama de Babel.

El drama de Babel es el símbolo de la dualidad humana y de las luchas internas dentro de nosotros. San Pablo, instruido por tal realidad, afirma que toda la “creación”, incluidos nosotros mismos, “gime y sufre dolores de parto, anhelando que se realice plenamente nuestra condición de hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo”.

A cusa de esta dualidad, el Espíritu Santo nos es dado para sanarnos y hacernos completamente nuevos. Así como acudimos a los médicos o a los consejeros en busca de terapia cuando nos sentimos inadecuados en la afirmación de nuestra personalidad, Dios nos ha dado el Espíritu Santo para que sea nuestro terapeuta espiritual. El Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad para que oremos de una manera agradable a Dios. Él intercede por nosotros según la voluntad de Dios.

El Espíritu Santo es un agente de unificación. Reúne a las personas más allá de sus diferencias lingüísticas, raciales, nacionales o culturales, no que se opongan a Dios, sino que hagan su voluntad. Cuando las personas se involucran en conflictos de intereses y luchan entre sí porque son diferentes, es probable que el Espíritu de Jesús esté ausente entre ellos. El Espíritu Santo tiene como objetivo unir a las personas en lugar de dividirlos. Trabaja en sembrar paz en lugar de conflictos y guerras.

Al comienzo de la Iglesia, mientras los discípulos estaban encerrados en un cuarto por miedo a los judíos, el Espíritu Santo les dio valor, animándolos a salir y hablar del Señor crucificado y resucitado. Fortalecidos por él comprendieron que tenían un defensor mayor que la Ley judía. Por lo tanto, podían hablar sin miedo y cruzar las barreras erigidas por la Ley judía.

El Espíritu Santo está en el fundamento de la universalidad de la Iglesia. Él abre las puertas del corazón de las personas; rompe las barreras que dividen a los pueblos y naciones para que todos se unan como un solo pueblo, el pueblo de Dios, unidos en la fe y un solo bautismo, en Jesucristo. Prestar atención a la universalidad de la Iglesia es

acoger los dones que el Espíritu Santo da al pueblo de Dios para construir el cuerpo de Cristo y enriquecer la Iglesia.

El Espíritu Santo nos libera de la esclavitud del pecado para que hagamos lo que agrada a Dios y no lo que es contrario a sus mandamientos. Si lo escuchamos en nuestra vida y practicamos lo que requiere de nosotros, recibiremos la vida eterna. Él mismo morará en nosotros y dará inmortalidad a nuestros cuerpos mortales. Por eso san Pablo afirma que “si el Espíritu del Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, entonces el Padre que resucitó a Cristo de entre los muertos, también les dará vida a sus cuerpos mortales, por obra de su Espíritu, que habita en ustedes”.

Por supuesto, no nos libraremos de la muerte física. Pero, aunque moriríamos físicamente, se nos devolverá la vida, porque el Espíritu vive dentro de nosotros, tal como le sucedió a Jesús.

Por la morada del Espíritu Santo dentro de nosotros, nos convertimos en hijos adoptivos de Dios y herederos con Jesús. Los méritos de Cristo y su gloria se hacen nuestros. Su heredad se convierte en nuestra herencia, su Padre se convierte en nuestro padre. Compartiendo su sufrimiento y muerte, también compartimos su gloria. Porque tenemos un mismo destino con Jesús, cuando su Padre nos mira, reconoce en nosotros a su Hijo amado, Jesús.

La celebración de Pentecostés nos recuerda que es el Espíritu Santo quien nos guía al conocimiento de toda la verdad sobre Dios y nuestra salvación. Es el Espíritu Santo quien nos mantiene fieles al amor de Dios y de nuestros semejantes. Escucharlo nos permite guardar los mandamientos de Jesús y así mostrar nuestro amor por él. Por eso hemos de anhelar no sólo poseer el Espíritu Santo, sino también ser dóciles a sus recomendaciones.

La renovación de nuestra vida y fe depende de cómo seamos obedientes al Espíritu Santo para no ceder a las sollicitaciones de la carne. Nuestra fidelidad a Jesús depende de cómo guardamos su palabra y sus mandamientos al vivirlos. No hay amor de Jesús sin guardar sus mandamientos y su palabra.

Es el Espíritu Santo quien nos ayuda guardar la palabra y los mandamientos de Jesús. Si lo hacemos así, el Padre nos amará, porque amamos a su Hijo. Porque amamos al Padre y al Hijo guardando los mandamientos, ellos vendrán a nosotros y harán su morada dentro de nosotros. Con el Padre y el Hijo morando en nosotros, nos convertimos en templo de Dios y en testigos del Espíritu Santo que nos guía.

Oremos en esta fiesta de Pentecostés para que el Espíritu Santo inflame a toda la Iglesia y la guíe. Pidamos valor para permitir que el Espíritu Santo tome el control de nuestras vidas. Oremos para que Pentecostés suceda en el corazón de cada uno de nosotros para que busquemos siempre agradar a Dios. ¡Que Dios los bendiga a todos!

**Hechos 1: 1-11; Hebreos 9: 24-28; 10: 19-23; Lucas 24: 46-53**



Fecha de la Homilía: el 04 de Junio, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20220604 homilia.pdf